

¿Y USTED DE QUÉ SE RIE?

EL 2021 SIGNIFICÓ PARA EL JOVEN TOMÁS QUINTÍN PALMA UN AÑO DE RECONOCIMIENTO PORTEÑO COMO HUMORISTA, ENTREVISTADOR, COMUNICADOR Y HOMBRE DE TEATRO. Y TUVO QUE INVENTARSE UNA CIUDAD PROPIA, “ROSAIRES”, PARA MITIGAR EL DESARRAIGO

**LA HISTORIA DE LA CIUDAD
EN REDES SOCIALES**

**RECUERDOS
DEL ROSARIO**

FER PIEDRABUENA

**LAS LUCES DE
LA TROVA ROSARINA**





#ManejateBien

***Si manejás no podés tomar alcohol.
Cuidate y cuidá a tus seres queridos.***

Las multas por conducir bajo efecto del alcohol van desde las 25 UF (unidades fijas que equivalen a litros de nafta) a las 750 UF, según la cantidad de ingesta alcohólica. Estas sanciones se pueden duplicar por reincidencia o nivel de responsabilidad, como en el caso de los conductores de transportes públicos. También se puede penar con inhabilitación temporal para conducir y hasta riesgo de inhabilitación definitiva.



Escaneá el código
para conocer más sobre
seguridad vial.



Municipalidad
de Rosario

STAFF

barullo

Director fundador

Horacio Vargas

Directores asociados

Sebastián Riestra

Perico Pérez

Colaboran en este número

Edgardo Pérez Castillo

Miguel Roig

Marcelo Scalona

Juan Aguzzi

Alicia Salinas

Pablo Bigliardi

Celina Hernández

Jorge Cánepa

Mariana Terrile

Editor de fotografía

Sebastián Vargas

Diagramación

Fabiana Colovini

Editor Web

Agustín V. Hoffmann

Seguinos en

www.barullo.com.ar

 @revistabarullo

 revista_barullo

 @barullorevista

Contacto

barullorevista@gmail.com

Imprimió

UNR Editora

Urquiza 2050, planta baja

Teléfonos: 4802780 / 480-2687

www.unreditora,unr.edu.ar

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones

Sarmiento 825, Rosario

Editor responsable

Horacio Vargas

Registro de la propiedad

intelectual: 3055388

Barullo integra la Asociación

de Revistas Culturales

Independientes de Argentina

(ARECIA).

PESCADO EN LA RED (DE FACEBOOK)

Costumbres rosarinas

Por **Jorge Cánepa**

Si el tiempo que esperé colectivos en Rosario lo hubiera usado para estudiar, hoy sería médico, abogado y tocaría el piano como Horacio Salgán.

Cierta vez en la fiesta rosarina llamada -de la colectividades-, se produjo un milagro: En el quiosco de Bélgica vendían choripán.

En las canchas de Rosario se vende la gaseosa más saludable del mundo: 75% de hielo y agua, 25 de Coca Cola. Y la cobran como a un Jack Daniels.

Un rosarino es capaz de celebrar un gol durante 50 años. Solo aquí, en la ciudad de la pasión.

Un rosarino se indigesta con ese y eres y en algún momento de la conversación dirá: Que me Veniiii...!

De acuerdo a los que cuentan, se calcula que cuando estuvieron en Rosario, a Queen lo vieron 1.200.000 personas.

Lo más difícil de Rosario es que mozos y camareras miren a la mesa que atienden.

Cuando se inauguró la peatonal Córdoba, se formó una cola de media cuadra para tomar té Cachamay. Era gratis.

En los bares de Rosario se inventó ponerle dos maderas con mariposas al diario La Capital. Se lo llevaban.

Los rosarinos fundieron La Gula. Nunca más nadie puso un pico libre de pizzas. Conozco a uno que fue expulsado por insaciable.

El rosarino cruza en rojo el semáforo, estaciona en cualquier parte, dobla adonde está prohibido, habla por celular manejando, tiene prioridad ante el peatón, se adelanta por la derecha, putea a todos, frena de golpe. Gloriosa frase de un famoso habitante de Saladillo: "En Rosario se agotan las cintitas coloradas en las tiendas de calle San Luis. Se teme mucho a la envidia"

Entre los rosarinos y la facturación, hay algo personal.

AMBOS MUNDOS

La villa y la misa

Por
Miguel
Roig

Cuando terminamos la primaria el grupo de amigos del barrio, que siempre estábamos juntos, nos acercamos a la iglesia San Miguel de Echesortu con la excusa de tomar la confirmación. Era de esas ideas que surgían a la hora de la siesta, y lo más probable es que fuera una excusa más para hacer tiempo, mientras nos llegaba la hora para acceder a la matiné que organizaba el club que estaba del otro lado de la plaza, y que funcionaba los domingos como discoteca vespertina.

Nos recibió el padre Juan, un sacerdote afable, sin demasiadas vueltas protocolarias, más cerca de Ricardo Soulé que de Juan Sebastián Bach, y esa fue, precisamente, una de sus primeras propuestas: ¿alguno de ustedes toca un instrumento musical? Según nos íbamos involucrando –y entusiasmado– en las reuniones en las que se hablaba de casi todo, empezamos a enterarnos de que pertenecíamos al Tercer Mundo, quien era Hélder Cámara, de qué trataba la teología de la liberación y flotaba en el aire una promesa de visitar una villa que estaba más allá de avenida Pellegrini.

Lamentablemente, antes del golpe un día fuimos a la iglesia y el cura que nos recibió era otro. No recuerdo la razón que dio por el cambio, pero sí que después de algunas reuniones abandonamos el cursillo.

He recordado esto por un cruce de varias circunstancias. Una es la lectura del libro de los relatos Villa Celina de Juan Diego Incardona. Ambiguo, Incardona, enhebra las vivencias personales de su barrio natal en La Matanza en una suerte de documental en el que se cruza la villa con el barrio pobre, ambos instalados en el lado salvaje de la vida. En uno de los relatos hay una misa en la que el sacerdote acaba dando fuerzas a los feligreses más jóvenes que trufan sus plegarias con gritos de guerra contra otro barrio. Mientras leía el libro, de regreso de un viaje familiar a París traje algunas películas que fueron de mi hermano y una de ellas, Elefante Blanco de Pablo Trapero, en la que Ricardo Darín interpreta a un sacerdote quien, junto a otro francés, ambos tercermundistas, intentan contribuir con su tarea a mejorar, en la medida de sus posibilidades, las relaciones de los habitantes de una villa, que es, en realidad la Villa 15, también llamada Ciudad Oculta, instalada junto al hospital que se empezó a construir en la década del treinta y cuya obra quedó inconclusa, el «elefante blanco». La villa está entre Lugano y Mataderos, vecinos de Villa Celina y territorio en el también transcurren algunas narraciones del libro de Incardona. La película, dedicada e inspirada en el padre Carlos Mujica, actualiza, al igual que el libro, una realidad que con los años forma parte indisoluble de lo cotidiano. La Villa 15 o la 31 de Retiro en Buenos Aires, o el barrio Las Flores de Rosario del que, quienes no lo pisan, pueden encontrar perfiles en el ensayo Los Monos de Germán de los Santos y Hernán Lascano o en la novela Pobres corazones de Melina Torres.

En París o en Madrid hay submundos o áreas marginales como éstas, pero quedan lejos de los ojos de los residentes y menos de los turistas. En París, por ejemplo, en la periferia, la Banlieue, se arremolina la población inmigrante organizando, de tanto en tanto, serios disturbios que protagonizan los más jóvenes contra un sistema que no los incorpora ni piensa hacerlo. Allí, en París como en Madrid, la iglesia está, pero en su versión primermundista. En lo que se llama la educación concertada, colegios católicos subvencionados por el Estado pero que cobran un canon que, aunque bajo, no es accesible a esos sectores que solo pueden acudir a la escuela pública. Allí, los hijos de los inmigrantes, en su mayoría del Magreb, tienen difícil inserción porque sus hogares son burbujas del lugar de origen y, al abrir la puerta de casa pisan el extranjero, un sitio desconocido y hostil. El Estado facilita, en el mejor de los casos, algunos medios, pero no un territorio social.

Nunca supimos que fue del padre Juan. En el mejor de los casos, terminó en el interior, en un sitio perdido y no en un país europeo, donde también sería un extranjero.

**BlueArt Records
invita a la presentación del disco
de Leonel Lúquez**



Solo piano, solo tangos

Sábado 19 de marzo, 20.30 hs.
Centro Cultural Parque de España,
Sarmiento y el río Paraná.

Anticipadas en Disquería Paraphernalia, Rioja 1070

TOMÁS QUINTÍN PALMA

“Hay una cosa payasesca que tengo intrínseca”

Hijo de artistas, se va haciendo camino en Buenos Aires. “Hago lo que sé hacer”, dice y repasa lo hecho el año pasado: llenó dos veces el teatro donde montó su obra “La violencia de la ternura”, entrevistó al presidente Alberto Fernández, a Jack Black y a Pepe Mujica, hace radio con Malena Pichot y televisión abierta

Por **Edgardo Pérez Castillo**

Fotos: **Sebastián Vargas**

Tomás Quintín Palma hace de la incomodidad un impulso. Disperso, disconforme, crítico, analítico, con poco más de 30 años ya tuvo que aprehender aquello de que abandonar Rosario es la forma de acercarse al reconocimiento. Entendió, también, que su generación está a mitad de camino entre la legitimación de los agonizantes medios tradicionales y el impacto que significan las histéricas redes sociales. Quintín, el pibe de la familia de payasos, hijo de artistas, se va haciendo camino como joven hombre de teatro, comunicador, humorista, entrevistador. Y tuvo que inventarse una ciudad propia, Rosaires, ya no para mitigar el desarraigo, sino más bien para lograr serenidad frente a la inquietud de no saberse bien si aquí o allá.

Tomás Palma, estudiante del colegio La Salle, le dio forma a su primer programa de radio haciendo una selección de adolescentes como él que, consideraba, encajaban en lo que imaginaba para esa primera experiencia en Radio AZ. No eran, dice, sus mejores amigos, sino más bien pibes que en algunos casos solían ser el blanco de burla pero que, creía Tomás, tenían las condiciones para entrar en juego (y, también, los cinco pesos por cabeza necesarios para bancar el espacio). Algo de esa voluntad de unión, de creer en aquellos en quienes otras personas no confiaban, se espejó cuando, todavía en la secundaria y por recomendación de un amigo, se postuló en el casting para el programa que Coki Debernardi y Federico Fristchi conducían

en Rock&Pop Rosario, y que estaban a la búsqueda de un periodista deportivo. Fue el músico cañadense el que depositó la confianza en ese chico que rompía el molde con su desfachatez. Y, así, abrió las puertas a un recorrido mediático que crecería con constancia en Rosario. Pero que, fundamentalmente, obró como nexo para una reconciliación familiar.

“Cuando fui al casting de Rock&Pop, llevé papeles escritos, tartamudeaba, todo un desastre –se recuerda Palma–. Coki dijo que quedaba yo y los otros no lo podían creer. Después de ahí Coki me sacó de los jogging, me puso los chupines, empecé a poner música en Berlín, conocí el rock, empecé a ir a recitales. Yo era joven rebelde y me había peleado con mi papá. Yo quería escuchar Chayanne y Back Street Boys para rebelarme con mi viejo, que escuchaba a Los Beatles, y que era payaso. En Coki descubrí que también era un payaso, pero distinto. Gracias a Coki me dí cuenta de que mi papá también era copado, y me reencontré con mi viejo”.

Radio Universidad, Vortex, Club de Fun: el joven Palma empezaba a brillar con luz propia, con un perfil personal atravesado permanentemente por el humor. Y, en paralelo, comenzaba a darle forma a proyectos propios, como “Hasta hacernos pelota”, que empezó a tener rebote en una televisión rosarina que se hacía eco de su irreverencia. Y quizás entonces, Tomás Quintín entendió que el universo de la creación podía encontrar diversas vías: el de los me-



dios tradicionales y, también, el de las redes, allí donde debía asentarse como contenidista. Con esa lógica desembarcó en Buenos Aires. Otro rosarino, ya no tan pibe, volvía a cautivar con una personalidad desconcertante para la estandarización hegemónica: ¿Quintín es o se hace?

“A veces Pedro Saborido me pregunta cómo estoy. Es como mi padrino, entonces le cuento cosas que estoy pensando. El otro día le dije: ‘Pedro, tengo miedo que el personaje se coma la persona’”. Sentado en la terraza de su casa en Rosario, Tomás Quintín Palma se ve atravesado por esa disyuntiva. La búsqueda, personal, filosófica, se trasluce también en sus contenidos de redes. Porque si el humor es el lenguaje y el destino, los caminos que Palma elige no son ingenuos. Porque más allá de las resoluciones humorísticas, hay sustento y crítica en sus creaciones. Y un análisis del contexto en donde él también es tema de reflexión: “A veces me da miedo estar todo el tiempo en performance, o volando, y que no aparezca el cable a tierra. Tanto que trabajás, estás en pose, haciendo chistes... Este año hice ‘Checho y Batista’ en Canal 7 y tuve que usar una máscara para hacer mi personaje. Andy Chango me dijo: ‘Estás seis o siete horas de Checho, el resto de la radio, más que te ves con gente y sos Quintín, dormís siete horas... al final del día tenés para Tomás dos horas’. Eso me empieza a taladrar. Quiero pensar sobre esto que pasa entre persona y personaje, si realmente existe esa dicotomía. Y, si existe, que no me coma”.

Por recomendación de su amiga y colega Señorita Bimbo, Tomás contactó por primera vez con una tarotista, que le

que quiere vida, tenga cada vez menos tiempo”.

- ¿Y cómo es ese Tomás, el de la vida?

- Ahora es confusión, por éso me lo estoy preguntando. También lo que me pasó es que tengo que valorar lo obtenido. Yo quería mucho el mundo, tenía muchas ganas de laburar en Buenos Aires. Es muy flashero para mí que gente que admiro me trate como par. Pero una vez que empieza a pasar, te deserotizás. Vas a un canal, a hacer radio... entonces tengo que ver cómo encontrarle pasión y ganas a lo que hago. En un momento, cuando siempre estaba entre Rosario y Buenos Aires, inventé como un Rosaires y decidí estar y hacer en los dos lugares. En este momento no puedo vivir sin ninguno de los dos. Al comienzo cuando hacíamos “Hasta hacernos pelota” lo hacía para maravillar a Rosario. Yo decía que Rosario amaba a los porteños: yo era chico y veía la tele de Buenos Aires: cuando tenía 8 o 10 años quería estar en Canal 7 haciendo “Todo por dos pesos”. Después cuando empecé a hacer algunas cosas en Rosario, tuve miedo de meterme en un loop donde todo fuera siempre igual. Tenía la opción de mi viejo, que labura en la Muni, para hacer algo con él. Me acuerdo de estar un mediodía comiendo en La Buena Medida, donde almorzaba todos los días cuando hacía radio en Vorterix, yo tenía 26 o 27 años y me dio miedo la idea de planta permanente, de agua estancada: me sentí ya grande siendo chico. Y Buenos Aires me puso en un lugar de incomodidad, que no tenía que ver con lo económico, porque soy de clase media y si necesitaba cinco lucas mi viejo me las pasaba, pero estaba viviendo con dos cordobeses que no conocía, dormía en un colchón al lado de un lavadero. Yo quería jugar con cierta gente, tener lugares desconocidos por conquistar. Y en Ro-

“Papi, ¿te acordás que una vez viniste a hacer tu obra a Buenos Aires y había más gente arriba que abajo? Esa noche dijiste que fue porque Charly García tocaba en Ferro, y yo por tu culpa odié a Charly toda mi vida. Pero ahora tenía ganas de que actuaras en Buenos Aires en un teatro lleno”.

amplió el radio de preguntas. “Ella me hablaba del mundo y de la vida: el mundo es lo que tenemos todos los días, para hablar con un arquitecto tenés que hablar de medidas, le das la plata, eso es el mundo. La vida refiere más a la intuición, los sentimientos, las plantas, los animales. Es algo mucho más grande, inabarcable, que te antecede. A veces siento que estoy con mucho mundo. Y en Buenos Aires pasa mucho éso: hay un desborde de mundo. El exceso de mundo, del celular, de los posicionamientos, del dinero, los perfiles públicos, te alejan de mirar un árbol, de estar tirado un par de horas con un perro. En mi caso, con estos dos lugares de personaje y persona, a veces me da miedo que el personaje esté lleno de mundo y que mi persona,

sario están mi viejo y mi vieja, que acá tuvieron sus grupos de teatro, que son conocidos en el ámbito cultural. Y al haber hecho radio con Coki Debernardi, también me conocía gente de la cultura y los medios. Entonces era difícil eso de ser ‘el hijo de’, sentía como que Rosario estaba fácil, cómodo. Necesité ir a un lugar de incomodidad. En Buenos Aires iba a un taller de teatro y no me conocía nadie, y estaba esa cosa de discriminación encubierta de que allá siempre sos el rosarino. Algo ahí me gustaba, era un desafío: no conocía nadie, vivía con gente que no eran mis amigos. Lo arranqué tarde, a los 27, pero en Rosario veía que no se hacía tanta plata haciendo arte. Y allá pude empezar los sueños que tenía a los 7, 8 años. Lo que me sucede es que los sue-

ños de los 33 ahora son otros. Hago lo que sé hacer, y este año pasaron un montón de cosas: llenamos dos veces El Pikadero con mi obra “La violencia de la ternura”, hicimos dos Auditorio Belgrano, entrevisté al presidente Alberto Fernández, entrevisté a Jack Black y a Pepe Mujica, estuve en dos canales de tele, hago radio con Malena Pichot y Julia Mengolini en Futurock. Fue fuerte en lo laboral, nunca me había pasado de llegar a fin de mes con plata mía, o que los colegas me traten como par. Pero no sé si tengo que seguir, cómo se sigue, no quiero ser solamente personaje. A veces asoció la idea de persona a Rosario, como si acá fuese el único lugar donde se construye un hogar. Después estoy en Buenos Aires y me encanta. Pero Palermo es como una locación de “Friends”, una escenografía de Sony.

- De todos modos, la disconformidad aparece como un motor.

- Sí, hay algo ahí. Cuando yo era chico mi viejo me decía: “El único mérito es la desobediencia”. No es común que un papá te diga éso, pero él siempre me habló de la desobediencia. Hay algo ahí con las cosas que me molestan.

- Al menos, la salida tiene que ver con buscar algo creativo, donde el humor está siempre presente.

- Sí, para mí es como un estado de aventura. Veo que la gente se va de vacaciones diez días para tomar cerveza, estar con amigos, reírse y jugar. Mi vida es siempre así. Lo que me gusta mucho son las personas que inventan algo donde no hay nada. Eso en Canal 7 nos pasó mucho, me hice amigo de gente espectacular: Charo López, Señorita Bimbo, Julián Lucero, Mariano Saborido... A veces en “Checho y Batista” no sabíamos qué hacer, o no nos gustaban los guiones. Fue un programa muy cansador, en un programa de tele hay variables que no manejas, entonces por ahí alguien salía con un chiste y se generaba algo re bueno donde no había nada. Nos llamaron para hacer algo que no era nuestra idea. A mí me pusieron una máscara de viejo para hacer un personaje, algo que nunca había hecho, me encontré sin saber bien qué hacía ahí. Todas las personas que estaban eran espectaculares, pero no sabíamos si era un talk show, una sitcom o qué. Todos con miradas distintas, opinando, con tensión. Tuvo lo bueno de entender que trabajar es entregarse a otros, que no es tener el capricho que uno quiere. Ahora hay un montón de cosas sueltas, propuestas para hacer, pero quiero apagar un poco el cerebro. Nunca había trabajado tanto en mi vida.

- Hay allí una situación: trabajar bajo sueldo te libera de la obligación de tener que crear tus propios contenidos para generar recursos. Pero, a la vez, cierra ciertas cuestiones creativas.

- Es raro, porque a veces un medio te convoca por lo que hacés en redes, pero quieren que hagas otra cosa. Entonces decís: ¿a vos te gusta lo que hago pero me ponés a hacer

otra cosa? Después pasa que la gente se queda en las redes y no va a los canales, porque ahí te sacan la esencia de lo que querés hacer. Pero también remarla siempre solo te pone en un lugar donde no estás con otros. Trabajar con un equipo es espectacular. Ser un youtuber contando anéc-

“A veces me da miedo que el personaje esté lleno de mundo y que mi persona, que quiere vida, tenga cada vez menos tiempo”.

dotas lo veo como algo individualista y narcisista.

- En tu caso, desde las redes y durante los primeros meses de pandemia, empezaste a desplegar un rol de entrevistador que te puso en contacto con otros. Y que permitió que se generaran nuevos vínculos también.

- Sí, entrevistar estuvo re bueno. Porque a veces preparás un montón de cosas y tenés que dejar que entren en el inconsciente, no podés leer las preguntas, tenés que escuchar al otro. Y esas cosas después salen. A veces uno va con un método y te perdés lo que está diciendo el otro. Estuvo re bueno escuchar, recibir, confiar en uno. Hay algo en no estar consciente que es súper interesante para la creación. Muchas cosas que me salen no son conscientes. Es algo que veía mucho en los talleres de clown y que tiene que ver con el error: a veces se intenta ocultar el error, pero el clown lo lleva adelante. Primero, porque ya se dio, y es un arma: es como el “bancate ese defecto” de Charly García. Los errores son un arma, para hacer humor, para reír, para jugar. El furcio se festeja.

- Es un recurso que utilizás mucho.

- Sí, a veces me trabo para hablar por ejemplo, y es ganancia, porque te pone en un lugar humano. El error da empatía.

- ¿Sentís que tenés oficio periodístico? Entrevistás desde un lugar que no tiene que ver con la formalidad tradicional, pero sí se evidencia un oficio que has logrado como entrevistador, que se ve claramente en el ciclo que hicieron con La Usina Tv.

- Yo tengo un déficit de atención galopante. Con Señorita Bimbo nunca nos mirábamos al hablar, pero decíamos: “Escuchamos con la oreja, no con los ojos”. Porque siempre mirábamos para cualquier lado. Pero en las entrevistas me pasa que no puedo mirar para otro lado, tengo que mirar a los ojos. Eso hace que esté ahí en un 80 o 90 por ciento. En lo otro, sí, es verdad que te escucho, pero es más intuitivo, medio chanta. En la entrevista estoy mucho más de lo que estoy en mi cotidianeidad. Voy a la verdulería, a la

carnicería, con mis amigos, y estoy mirando para otro lado. Como entrevistador estoy ahí. Si estoy hablando con Pepe Mujica, no puedo mirar al techo. Y ahí aparece un personaje mejor que persona. ¡Qué pena que una persona no pueda mirar a los ojos a los amigos y sí a Pepe Mujica! Hay una conexión que hace que quiera llegar a lo más profundo de esa persona, que me cuente sus miedos, sus inseguridades. Cuando una chica me gusta en un bar hago lo mismo, hay una seducción de querer gustarle al otro, que salga bien la noche, que sea buena la cita, del goce de una conversación con el otro. El Pepe me contó algo que después me dijeron que nunca había contado en su vida: en un momento le pregunté sobre su muerte y me dijo que cuando se muriera quería que a la noche hicieran una fogata y que las cenizas estén donde enterraron a su perra, porque la extraña mucho. Con Jack Black también traté de tocar una fibra. Hay también una manipulación medio rara, saber dónde golpear, hay tácticas emocionales. Hay que mostrarse interesante. Y es agotador, porque trabajás con tu corazón y con tus emociones.

- Sí, por un lado está el riesgo de la exposición, porque no sabés qué puede pasar con éso y con tus propias emociones, pero al mismo tiempo es un plus. Además, ¿qué lugar más seguro, honesto, que el de apelar a vos mismo y lo que te sucede?

- Sí, es cierto. Y otra cosa que me pasa es esto de no saber cómo se hace algo, pero ir a hacerlo igual. Me pasó en radio, en tele, que me preguntaran si sabía y decir que sí a pesar de no saber. Me han invitado a poner música en fiestas re copadas y yo no tenía ni una mezcladora, pero fui igual. O ir a hacer un personaje a Canal 7, cuando nunca había hecho personajes. Hay algo que tiene que ver con el prestigio: gente que no hace cosas porque no les da prestigio. Calculan los movimientos, pero después terminan contando cualquier cosa en Youtube. O terminan haciendo un video de mierda con una marca de autos. Siempre terminás haciendo algo que te hace quedar mal, o arruina la imagen que querías proyectar. No podés escapar de éso con el control de tu mente. Entonces más vale arruinar rápido la imagen. En ese sentido no me importa hacer cosas que no sé hacer.

- Antes mencionabas esto de ser el “hijo de” en Rosario. Allá en Buenos Aires eras solamente un rosarino: ¿eso facilitó la construcción del personaje?

- Creo que hay una historia de rosarinos en Buenos Aires que me sirvió. Gracias a los otros, los que hicieron cosas, allá ven que los rosarinos son buenos. Además el rosarino es el del interior que ellos pueden permitir. Y no somos una amenaza, porque no somos porteños. Entre ellos hay una competencia total. Yo entré a la casa de un montón de gen-



te, algo que no sé si le permiten a otro porteño: entré a sus casas, me senté en sus sillones, abrí botellas, boludíé en las casas de “peces gordos”. Eso es porque no soy una amenaza, porque son superiores a mí. Eso lo uso como estrategia.

- Ahí está Tomás. En tu caso la línea es muy fina. Porque, en definitiva, cuando trabajás el personaje y Tomás están cerca, aun cuando en ocasiones tenés que fogonear algunas características, o tenés que hacer chistes cuando quizás no tenés tantas ganas de hacerlos.

- Sí, está bueno éso. Me ha pasado esto de no tener ganas de hacer chistes todo el tiempo. Por eso me gustó escribir algunas cosas para Cosecha Roja, para Anfibia, me gustan también los lugares serios. En el caso de la obra “La violencia de la ternura”, en la que hablo de mi infancia como parte de una familia de payasos, hay momentos serios, pero que yo no asumo: corro la cara y me río. Entonces el director, Toto Castiñeiras, me dice que aproveche esos momentos serios, que no me ría. Pero me río como un mecanismo de defensa, para no asumir la seriedad del momento.

- Esa obra, que está atravesada por el humor, tiene un alto grado de exposición. Supongo, también, de catarsis.

- Sí, pero es un juego también. Alguien puede pensar que es real, pero desde que está llevada al teatro, con luces, perso-



najes, con un piano, ya no es la realidad.

- ¿Cómo vio tu familia a la obra?

- Y... pasa de todo. Cuando hagamos la obra en Rosario vamos a tener que tocarla, hay cosas que no podemos decir. Apareció otra vez la idea de la libertad en Buenos Aires. Una vez dije que mi viejo estaba viendo la obra y el teatro hizo "uuhhhh". Y a mi mamá, que volvió a Argentina después de estar dos años en Egipto, hay algo que no le conté y que voy a tener que hablar en algún momento... Es como un biodrama. El momento muy fuerte es cuando mi hermano hace de Piripincho. Héctor (Ansaldi) es el padrino de mi hermano, y le dio el vestuario original. Para los porteños es lo de menos, de hecho me dicen que está muy largo ese momento, pero los rosarinos que lo vieron se largan a llorar, explotan, porque hace 30 años que no ves a Piripincho, y cuando aparece mi hermano lo volvé a ver. En Buenos Aires es un elemento kitsch, que después guglean y ven que es verdad, entonces es re flashero. Pero en Rosario se resignifica todo, hay cosas fuertes que tengo que ver cómo acomodo, o si charlo con ellos previamente.

- ¿Te preocupa hacer la obra en Rosario?

- Pero no es sólo eso. Lo que me pasa, de verdad, es que hay una parte en la que no pensaron que yo era artista hasta que me fui. Y siento que voy a volver artista. Por una cuestión de cultura, de historia, cuesta en Rosario ver que el

que vive enfrente tuyo es artista. O que su trabajo es serio. Siento que me pasó mucho esta idea de que estaba boluminando. Y Buenos Aires me dio legitimidad: los amigos del barrio me tomaron en serio. Después creo que los tiempos cambiaron, pero hay toda una cosa en Rosario. Ahora voy a ciertos lugares y me invitan a comer o a tomar porque hago radio con Malena o porque entrevisté al Presidente. No sé si eso me pasaba si seguía haciendo radio en Rosario, y es algo que tenemos que revisar. Después, la verdad, siento que en un punto abandoné la lucha, siento que los que están acá son más valientes que yo.

- ¿Qué lucha abandonaste?

- La de hacer cosas en tu lugar. Es muy noble. Pero son distintas variables y son muchas las cosas por las que estoy en Buenos Aires. Me hubiera gustado poder quedarme acá haciendo cosas artísticas, pero en un momento necesitaba plata, o legitimidad. Y allá me encontré con grandes jugadores. Y pude hacer la obra allá para que acá me vieran como nunca me vieron. Nunca lo pensé del todo, pero hay algo ahí del que se fue y vuelve. Tengo que reflexionar más sobre esto. Estar viviendo de lo que te gusta, venir a tu ciudad a hacer la obra que cuenta tu historia... Esa historia, de mi familia de payasos, yo la conté en Buenos Aires, no la contaba acá.

- Que, por otro lado, tiene que ver con romper aquello de ser el "hijo de".

- Mi viejo tenía un grupo, Chemiguitos, fueron a hacer su obra a Buenos Aires y había más personas en el escenario que abajo. En mi obra, mi hermano hace una rutina con Piripincho y su mejor amigo Pipistrilo (que hacía mi papá), y en el último show le agregué un susurro, serio, donde digo: "Papi, ¿te acordás que una vez viniste a hacer tu obra a Buenos Aires y había más gente arriba que abajo? Esa noche dijiste que fue porque Charly García tocaba en Ferro, y yo por tu culpa odié a Charly toda mi vida. Pero ahora tenía ganas de que actuaras en Buenos Aires en un teatro lleno". Hay algo también ahí: yo hago esto porque mis viejos no triunfaron como artistas. Hay algo de reivindicación. Cuando yo nací, tuvieron que ponerse a laburar de otras cosas, a ser docentes. Mi viejo tiene la cosa colectiva, dirige la Escuela de Arte Urbano. Pero cuando nació ellos tuvieron que cortar con sus obras de teatro, de danza, no se desarrollaron tanto. Eso inconscientemente está en mí, hay algo de mi historia que hace que haga esto. Lo cual me pone nervioso: que los deseos estén tan contaminados de la historia familiar es deprimente. Ahora tengo una crisis como persona, quiero tener el perro, el árbol, que es lo que tuvo mi viejo cuando tenía 24 años. Y yo salí corriendo a buscar lo otro.

- ¿Hablaste con tu papá y tu mamá sobre esa situación de personaje-persona? Aun cuando en

sus casos se trataba de personajes más característicos, de los que puede ser más fácil salir...

- No, pero aparte porque están siempre paveando, son personajes todo el tiempo, están todo el tiempo haciendo chistes, ison agotadores! Me pasó con amigos que venían a casa y no entendían nada de mi familia. Es una familia clown, hacen caras, boludeces, es como comer con Los Tres Chiflados. Yo salí a buscar la seriedad afuera de mi casa. Mi primera novia era abogada. Me pongo con gente que pone límites. Después confundo el carácter con tenerla clara, que es un error. "Mirá cómo grita, qué carácter, la amo". En casa no me marcaban cosas, terminábamos de comer y jugábamos, nos íbamos a acostar y aparecía mi papá con un títere. Yo quería faltar a la escuela y no tenían problema. Poníamos "Todo por dos pesos" en el televisor y era como el lenguaje de casa. Yo pensaba: "Son como nosotros". Eso me generaba un diálogo empático, me aliviaba. Después, en el mundo, veía que los de casa eran los menos. Ahora es distinto, porque todos están entreteniéndose, ahora el juego cambió: un médico, un ingeniero, meten un baile en TikTok, todos están pelando payasadas. Por eso no sé cuánto valor tiene hacer chistes, por eso quiero buscar otros recursos.

- Entre los contenidos que generarás, si bien puede aparecer el absurdo, muchas veces hay un basamento que tiene que ver con lo reflexivo, el sentimiento, lo filosófico.

- Sí, y en algún momento quiero escribir otras cosas. En todo lo que hago escribo: tele, radio, teatro. Ahora estoy mejor, pero cuando tartamudeaba yo iba a la radio y leía todo, en pose de no estar leyendo, pero escribía todo y no sacaba la vista de ahí. Escribir es algo que hice siempre, por eso aparecen las notas para Anfibia o para Cosecha Roja.

- ¿De dónde te nutris?

- La verdad que no estoy viendo nada de humor. Trabajando con Charo, con Julia, con Malena, veo que hacen cosas y descubro que ahí hacen humor. Yo tengo tan incorporado al humor que no lo registro. A veces digo cosas, la gente se ríe y yo no quería hacer un chiste. Muchas veces no tengo control, no manejo la intención de lo que digo. Es tremendo, me ha pasado de estar en situaciones serias y que se rían, es una confusión terrible. Es algo que tengo sin quererlo. Después consumo cosas que no son graciosas: ensayos de Žižek, cosas de Byung-Chul Han, miro a gente hablando en serio de la realidad. Me gustan también las curiosidades (cuánto duermen los animales, el oficio que menos años vive). Pero no consumo gente haciendo humor. Después me pasa que robo ideas de pensadores, de filósofos, pero no me gusta la solemnidad, entonces el humor aparece. Hay una cosa payasca que tengo intrínseca, es lo que hablaba de mi familia: nos sale la cara de

clown. Tiene una ganancia en lo laboral. Pero ahí también: estoy en conflicto con la idea capitalista de que el éxito en la vida es trabajar. La gente te dice: "Qué bien que te está yendo, qué bueno que la remaste, ¿ahora vas a aflojar?". No sé si pasa que la gente festeja la generosidad de tu mamá, que tenés buen diálogo con tu tío o que tenés un limonero bárbaro. Todo se enfoca en el triunfo laboral. Aparece el status, el poder, si tenés buen trabajo tenés más sexo... Son cosas que pasan, reales.

- Ahí también aparece lo que mostrás, cómo te exponés. En tu caso, al tener que ser un generador de contenidos, la exposición tiene que ver también con el trabajo.

- Sí, se mezcla todo. Yo dejé de estar en pareja y teníamos a nuestro perro, Julio, que se lo quedó ella. Y no puedo dejar de pensar que, más allá del amor que le tengo, Julio era un recurso narrativo espectacular para hacer contenidos. Es muy loco cómo lo performático de vida de mentira se toca con lo real. Por eso la gente se va de viaje para generar contenido para las redes. Pero después saca la foto del cuadro de Emilio Pettoruti, la sube a Instagram y no se detiene a mirar la obra. La experiencia pasa por la foto. Es un trabajo en lo cognitivo, se mete adentro tuyo, empieza a operar adentro tuyo. Algo no llega a desarrollarse en la experiencia, porque ya lo subís. Estás en esa experiencia sólo por el soporte del celular. Todo se vuelve descartable, menos erótico, más pornográfico, menos misterio.

- Para el que crea contenidos, si sólo estás en ese universo de las redes podés quedar fuera muy rápidamente. Entran entonces a jugar allí los medios tradicionales, como los canales de televisión, que quizás tienen menos impacto a nivel audiencia, pero siguen siendo medios que legitiman. En tu caso, se abre esta posibilidad de poner menos de lo personal en un medio tradicional o sostener la creación libre de contenidos en las redes.

- Yo quedé en el medio, porque nací a fines de los 80. Un pibe de 20 hoy no hace tele ni loco, agarra una tira de led, ilumina y hace streaming. Yo no soy analógico ni digital. No sé qué haré con eso, lo tengo que pensar. Todo parece indicar que hay que ir al contenido on demand. Mi idea es que no dependa todo de mí, me interesa mucho trabajar con otros. Lo que me dan la radio y los canales es que soy parte de lo colectivo, y eso es muy importante. Quiero seguir haciendo teatro, llevar la obra a otros lugares, seguir haciendo radio. Me parece también que esta idea de la historia, de lo que uno cuenta, pasa por el formato. No sé si la radio o la tele van a perder peso, pero lo de contar historias va a estar siempre. Y mi idea es tener siempre algo para contar.

ENTREVISTA A FERNANDO CESARETTI, CREADOR DE “ROSARIO EN EL RECUERDO”

Pasado y presente

Las redes sociales, en especial Facebook, convirtieron a “Rosario en el recuerdo” en la Fanpage con mayor cantidad de seguidores: más de 53 mil personas que disfrutaban del enorme muestrario visual rosarino

Por **Horacio Vargas**

¿Qué motivo te llevo a crear la página?

- Hace unos años en “Historia de la vida privada en la Argentina”, colección que seguía la línea investigativa trazada para Francia por Georges Duby, leí un capítulo que analizaba la fotografía de difuntos escrito por el docente e investigador rosarino Eduardo Hourcade. Me impactaron dos fotos que cobraron sentido con el epígrafe explicativo. Una muestra a dos nenitas mellizas jugando en los años 20 en el patio de una casa del pueblo de San Justo, cercano a la capital provincial. La otra solo registra a una de ellas en una cama de hospital. Mira con tristeza a la cámara. El epígrafe decía que esta última imagen la tomaron en el Hospital Freire de Santa Fe. La hermanita había fallecido un día antes y la fotografiada lo haría pocas horas después. La foto era el recuerdo melancólico de una muerte anunciada. Me sacudió y luego me hizo reflexionar sobre la memoria emotiva que provoca una imagen del pasado. Con el tiempo me encontré planeando, casi como una quimera irrealizable, la posibilidad de armar algo así como el muestrario visual del pasado rosarino en virtud de las



«La» Perpetuo Socorro en la esquina de avenida Alberdi con doble vía tranviaria en el centro de su empedrado y calle French, aún de tierra. El carro junto al cordón, un alto poste arbolado de hilos eléctricos y telefónicos y un quiosco completan esta postal de Arroyito un día de 1935.

vivencias cotidianas y polisémicas de sus habitantes. Priorizar la historia de la gente común, antes que el acontecimiento político, o en todo caso aunar ambos en el recuerdo que de estos últimos tienen los que fueron espectadores secundarios. Las redes sociales, en especial Facebook, me permitieron empezar a concretar lo planeado.

-¿Cuáles fueron las fotos más comentadas?

- El sentido a la página no se lo doy yo, que me limito a buscar, seleccionar y escribir los epígrafes de las imágenes, sino cada una de las personas que las miran y hacen su propia lectura. Más de una vez me encontré que una foto que prejuzgaba iba a interesar no tuvo trascendencia. Y, por el contrario, otras que estimaba sin un atractivo especial, fueron las que mayor repercusión tuvieron. Te comento para graficar esto que en los tiempos iniciales de la página hubo una foto que subí con dudas: la de la iglesia Perpetuo Socorro de Arroyito en los años 30. Salvo que era en blanco y negro y la avenida Alberdi aparece empedrada y con vías tranviarias, la imagen podría ser del presente. Me equivoqué: muchas personas encontraron en esa imagen el recuerdo de su pasado, vivido o que les contaron. Comentarios tipo: “En esta iglesia se casaron mis abuelos”, “acá mi mamá tomó la primera comunión”, dieron un sentido que se potenció al compartirla muchos visitantes en redes de rosarinos desperdigados por el mundo. Vista en retrospectiva esa foto que creí intrascendente fue la que motivó el despegue cuantitativo de seguidores de la página, pasando en pocos días de algunos cientos a varios miles. Y siendo miles, no hay una temática puntual que concite mayor atención que otra, sino que las prefe-

rencias son variadas. Aunque sí hay ejes que atraen más: el recuerdo de los tranvías, del esplendor ferroviario, de modos de sociabilidad expresados en, por ejemplo, el pulcro cuidado de la vestimenta para concurrir a bailes, a un comercio, a cines, o “ir al centro” (porque al centro, salvo los que vivían en él, se “iba” con una preparación de acalamiento previo). Situaciones que suelen concitar mayor cantidad de comentarios, algunos estableciendo una comparación negativa con el presente, y otros simplemente enunciado recuerdos o información puntual sobre la imagen analizada. Y si esta corresponde a una empresa, una fábrica, una gran tienda, suelen obrar los comentarios como lugar de reconocimiento. Por lo general alguien comenta algo que hace a esa foto. Otra persona ve el apellido de quien comenta y le pregunta si tiene algún parentesco con fulano que trabajaba allí. Las respuestas van y vienen y se van sumando los que intervienen, parientes, vecinos, amigos de los inicialmente nombrados. Así pasó con una foto de la Bodega Furlotti de los años setenta. Sus comentarios fueron un lugar de reencuentro medio siglo después.

- ¿Alguna anécdota con alguno de los seguidores de la página?

- Más que anécdotas, que suelen tener valor muy relativo, hay gratificaciones personales que llegan y alimentan el ego. Más de una vez me encontré que en una reunión social de la que era partícipe alguien comentaba algo de “Rosario en el recuerdo”, ya como fuente documental o de su interés. Va de suyo que yo no existo en la página, anonimato que me permitió jugar con mi ocasional interlocutor, diciéndole que estaba ante el creador de la página. Este se mostraba naturalmente desconfiado y escéptico. Entonces le

proponía un juego: me dijera una palabra, y vería la misma incorporada al epígrafe de la próxima foto publicada. Otras gratificaciones fueron producto de ser consecuentes con nombres que pertenecen al imaginario colectivo rosarino. Desde los tiempos en que aún estaba Falabella, cada vez que subíamos una foto de la tienda de Sarmiento y Córdoba, la llamamos La Favorita, cerrando el epígrafe con esta muletilla: “¿Qué? ¿La tienda cambió de nombre? Mucha gente no se dio por enterada...`Rosario en el Recuerdo´ tampoco...”. Cuando finalmente los empresarios chilenos cerraron su sucursal en la ciudad, algunos descendientes de los García nos agradecieron, por mensaje privado, tal prédica.

- ¿Es la página sobre Rosario con más seguidores en las redes sociales?

- Posiblemente sí, como en un futuro tal vez sea otra página o grupo. El número estimo importa, no en una competencia absurda, sino como evidencia de que, si más de cincuenta mil personas siguen la página, es porque hay una nueva conciencia en general de rescatar y visitar las imágenes del pasado. No solo en Rosario. Tal vez a favor del auge de las redes sociales sea un fenómeno global. Ahora bien, no hay un colectivo homogéneo de seguidores, afortunadamente. En primer lugar, la particularización es por segmento etario. Y luego también de acuerdo al género, al sector social de pertenencia. No hay un motivo único de nostalgia. Benedetto Croce decía que “toda historia es historia del presente”. Con el recuerdo pasa lo mismo, uno va construyendo el recuerdo de un suceso puntual a lo largo del tiempo, reformulándolo, suprimiendo e incorporando cosas, siempre de manera inconsciente desde el presente. Una pregunta que me formulé



Operarios, empleados y funcionarios de la planta fraccionadora de Bodegas y Viñedos Ángel Furlotti ubicada en Crespo 75, unidos en un festejo en los años sesenta.



En 1955 La Favorita cumple 58 años de existencia y sus empleados y empleadas posan para una foto panorámica que realza el majestuoso contexto interior del monumental edificio de Sarmiento y Córdoba.



Tía y sobrina pasean por calle Catamarca en el verano de 1939. Eran los tiempos cuando así fuera para dar «la vuelta del perro» al barrio, las muchachas de clase obrera salían con lo mejor de su ajuar.

cuando creé la página fue la cuestión de la periodización del pasado y sus límites. Esto es, interrogarme acerca de si la percepción del tiempo “de antes” puede ser lo mismo para una persona de cincuenta años que para una de veinte. Seguro que no. Y entonces cuál sería el criterio para no dejar afuera sucesos que son contemporáneos a los mayores, pero para los jóvenes son historia previa a su propia existencia. Es difícil establecer un equilibrio. Trato de lograrlo. Una forma es no ser autorreferencial y pensar por ejemplo que, si yo conocí la discoteca Space, para alguien joven que sigue la página ese hoy mítico boliche bailable de barrio Echhortu es un es-

pacio de sociabilidad que vivieron sus padres pero no él. Para la gente veinteañera es pasado no vivido, como yo no vivía cuando el tranvía 17 llegaba a Fisherton, pero lo sabía porque cuando uno es pibe los grandes lo recordaban con la nostalgia de memorar su propia infancia. Esa diferente perspectiva también hace que cada uno establece su propia relación con la imagen, que es intransferible, y siempre distinta para cada persona. Finalmente, retomando tu pregunta, no sé a cuántos seguidores llegará la página. Si todo se mantiene dentro de lo normal previsible, y sigue su curso en el tiempo, “Rosario en el recuerdo”, tendrá vida activa incorporando imá-

genes diariamente durante un mes o dos meses después a la desaparición física de su creador: una herramienta de Facebook permite programar a futuro la subida, feliz circunstancia que libera al administrador de tener que hacerlo cada día. Uno programa (modifica si es necesario) y la página, como la nave de Fellini, va.

Más información en
<https://www.facebook.com/rosarioenelrecuerdo>

[@rosarioenelrecuerdo](https://twitter.com/Rosariorecuerdo)

LE PECORE NERE, ENTRE ROSARIO Y COSENZA

Una inédita editorial binacional

Desde 2017 el sello es gestionado a la distancia por dos amigas traductoras. Publicaron casi 30 obras en español e italiano, muchas de autores locales. Una experiencia desobediente e impredecible, como toda oveja negra

Por **Alicia Salinas**

Hace ocho años, en un aula de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, dos jóvenes universitarias y amantes de las letras fantasearon con gestionar una editorial. En 2017 el sueño se convirtió en realidad: nació así el singular sello independiente y transnacional Le Pecore Nere, con sedes en Rosario y Cosenza (Italia). Regina Cellino y María Pina Iannuzzi se adelantaron tres años al teletrabajo, las videollamadas y las coordinaciones remotas *in absentia* que impondría la pandemia en 2020 para desarrollar con éxito una inédita experiencia a la que tildan de “desobediente, contracorriente e impredecible”. “Una voz fuera del coro”, como toda oveja negra.

La editorial comercializa en el mercado argentino y en el italiano libros de papel y electrónicos, a través de librerías, ferias y plataformas digitales. Aunque los e-books son más baratos, todavía los tradicionales ejemplares que pasan por la imprenta resultan los preferidos del público, cuenta Regina Cellino, “la pata rosarina” del emprendimiento. Su compañera, luego amiga y ahora socia, es además traductora y reside en la región de Calabria, desde donde llegó a estudiar en 2014 el Doctorado en Literatura de la universidad pública.

Las obras que pone en circulación Le Pecore Nere se leen tanto en la lengua de Cervantes como en la de Alighieri, aunque no son bilingües. En tanto los equipos de traductores, diseñadores y correctores se reparten allende los mares. “Nuestro deseo es trazar un catálogo descentralizado y heterogéneo de la literatura

contemporánea desde Rosario y Cosenza al mundo. Porque, justamente, la ambición de pensar por fuera de los regionalismos, incluso de los localismos, nos permite trabajar desde la desobediencia como modo de intervenir en el campo cultural”, se planta Cellino, magister en Literatura Argentina y Profesora en Letras.

¿Y cómo está compuesto entonces el catálogo? Por 16 títulos que surgieron en la Argentina (algunos ya llevan varias reimpressiones) y doce en Italia, tanto en formato papel como e-books. Se reparten en cuatro colecciones diferenciadas por género -Narrativa, Poesía, Fotopoesía y Libros ilustrados- y dentro de ellas a su vez hay distintas series: Tinta negra, Pasajes, Esmeraldas y leones, y Signos. En narrativa destacan los libros de los rosarinos Javier Núñez (*Después del fuego*); Luisina Bourband (*Maternidad intratable*); Van Cez (*En el umbral*), a los que se suma Pablo Bilsky, con su novela *Taxi*. Algunos de estos autores, por cierto, han escrito notas para **Barullo** en números anteriores. También en el género poesía hay un aporte importante desde la escena vernácula, como Cristian *Wachi* Molina con su *Poesía Molotov* y Mercedes Gómez de la Cruz (ver aparte), mientras que el libro de la italiana María Borio *El otro límite* fue traducido por la poeta y docente rosarina Marina Maggi.

“Combinamos originales y traducciones, nos interesa que los libros y los/las autores/as dialoguen”, aclara Cellino, también traductora. “Por ejemplo, *Fragments de humanidad*, único y de edición limitada (en español),



Regina Cellino, una de las socias editoras.

recopila palabras e imágenes. Nació bajo la curaduría de María Pina Iannuzzi y el fotógrafo Pierfranco Costa, con el deseo de entrecruzar dos lenguajes artísticos, la literatura y la fotografía. Su narrativa transdisciplinar expone los cruces entre procesos creativos distintos y alejados entre sí espacialmente. Siete fotógrafos italianos dialogan con siete escritores de nacionalidades diferentes (argentina, española, italiana y colombiana) y de la trama de discursos surge la publicación”, se entusiasma.

En 2018, Le Pecore Nere tradujo al español un ensayo histórico italiano, *Putas antifascistas*, de Matteo Dalena, y en 2019 hicieron lo propio con *Después del fuego (Oltre il fuoco)*, de Javier Núñez, quien pudo presentar su obra en idioma extranjero en la Casa Argentina en Roma junto a Iannuzzi. También ¡Yo puedo solo!, de la rosarina Manuela Garbarini, con ilustraciones de Carolina Yuale, se tradujo como “*Io posso!*”. Se trata de un libro muy pedido: lleva cinco reimpresiones (las últimas tres tiradas de mil ejemplares).

“En 2020 publicamos *El otro límite*, de María Borio. Este poemario inaugura la serie «Pasajes», dedicada a la poesía italiana contemporánea, para subrayar una vez más la estrecha y continua relación sociocultural entre Argentina e Italia”, apunta Cellino, siempre en primera persona del plural ya que todas las decisiones son tomadas en forma conjunta con Iannuzzi. “Los manuscritos que nos llegan -o que pedimos- son leídos y evaluados por ambas e incluso consideramos una tercera opinión, la de nuestra correctora

Marilina Negri. La decisión de editar y publicar un libro está determinada por varios aspectos: su calidad literaria, el potencial estético, el gusto personal, la adecuación a nuestro propósito «glocal» (obras que tienen una huella global y local, es decir que nacen en un territorio y en un contexto sociocultural definido pero nos abren a reflexiones universales). Entendemos el oficio editorial como un quehacer que se construye en comunidad -diseñadores, correctores, editores- para ofrecerle al lector un libro hecho de la mejor manera posible”, sintetiza Cellino acerca de sus intenciones.

Por ahora, a la oveja negra se la ve vivita y coleando, con muchos proyectos para 2022 luego de un período de restricciones para los eventos culturales en todo el mundo a causa de la pandemia de coronavirus. Si bien el catálogo está repartido casi equitativamente en narrativa, poesía y libros ilustrados (los que más se venden), comenzarán con una nueva colección de Crónica de la mano de la periodista y escritora Rosario Spina. “Estamos trabajando con los cinco libros que vamos a publicar, algunos ya están maquetados y otros en proceso de corrección. Son cuatro originales: ¿Quién soy?, de Manuela Garbarini, ilustrado por María Belén Rodríguez Peña; *Superherua*, de Verónica Laurino, ilustrado por Polly Boyle; una novela policial de Bilsky y las crónicas de Spina. Además de la re-edición de *Después del fuego*, la primera de este año”, adelanta Cellino sobre los planes de la editorial ítalo-argentina que habla en distintos idiomas, comandada por la energía de dos mujeres poderosas, separadas apenas por un océano.

QUE SIGA EL BAILE: VOLVIÓ SOY FIESTERA

Por A. S.

Entre los lanzamientos recientes de Le Pecore Nere figura la reedición (aumentada) de *Soy fiestera*, poemario de la rosarina Mercedes Gómez de la Cruz (1974) publicado originalmente hace 15 años en Córdoba. “Aquella primera edición estaba agotada hacía tiempo, aunque el público conocía los poemas por registros en Youtube o porque los habían escuchado en alguna puesta en voz”, cuenta la autora a Barullo. Para ponerlos a circular, en 2016 salieron en e-pub por el sello Fiesta E-diciones -que llevaban adelante Cristian Molina, Mariana Catalin e Irina Garbatzky- en un formato de obra reunida, es decir con toda la poesía publicada por Gómez de la Cruz en papel hasta ese momento, más un libro todavía inédito.

A fines del año pasado la editorial de la oveja negra trajo de nuevo al ruedo esta obra provocativa, plebeya y disruptiva, que

ya desde el título enuncia una declaración de principios: la voz poética se asume proclive a la celebración, por cierto con un término nada inocente, que en el habla popular es sinónimo de mujer promiscua, dispuesta a tener sexo (así lo ratifican los diccionarios lunfardos disponibles en la web). En efecto, se trata de una poesía carnal, sexual, sensual, física, orgánica, donde la fiesta surge como repetición de una escena primitiva, extática, canónica, humana pero a su vez en conexión íntima con lo animal -unido lo animal y lo humano por el instinto.

“En el conjunto de mi trabajo en la poesía, este libro aparece como una especie de punto de encuentro. Escribirlo me llevó tres años de investigación y lecturas. Mientras tanto iba leyendo los poemas en diversos lugares, con puestas en voz tanto en la Argentina como fuera del país, y eran bien recibidos. Durante su creación, sentía que estaba escribiendo el libro que quería escribir. Siempre me da mucha alegría compartirlo”, revela la poeta sobre el flamante volumen que incluye ilustraciones en la portada y en el interior de Cris Rosenberg, y un texto de contratapa a cargo de Maia Morosano.

Las palabras iniciales conforman un estudio crítico que Molina presentó en las jornadas “La ciudad que yo inventé”, sobre

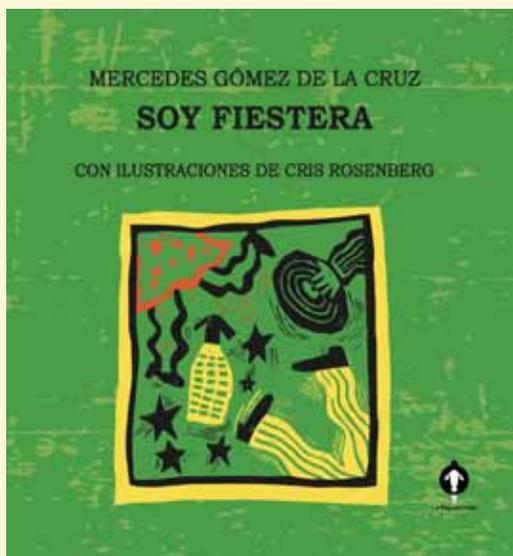
literatura y arte de Rosario, organizadas por el Centro de Estudios de Literatura Argentina en 2018. “Me siento muy agradecida por su lectura acerca de mi trabajo y el lugar que le otorga en el panorama de la literatura. Con las editoras considerábamos importante que el libro, al ser una reedición, fuese acompañado por un prólogo que lo pusiera en contexto y a su vez abriera puntas para nuevas lecturas”, expresa Gómez de la Cruz y confiesa sobre su obra: “La escribí pensando en las formas que tenemos de celebrar”.

Si existen “Veinte poemas para ser leídos en el tranvía”, los de *Soy fiestera* parecen reclamar una lectura que incluya la danza, el movimiento, y por qué no, el goce. “Están atravesados por la música”, admite la poeta y va más allá. “Creo que la vida de cada uno tiene una banda de sonido. Lo sepamos o no,

nuestra vida cotidiana está llena de música: la que escuchamos cuando pasa un auto a todo volumen, la que suena en el bar donde tomamos un café, la de los parlantes del supermercado, la que eligen nuestros seres queridos y, por supuesto, la que elegimos nosotros. Al escribir este libro me reencontré con música a la que hacía mucho no escuchaba, podría decir que lo hice oyendo la banda de sonido de mi vida, de mi época, también compartida por mucha otra gente. Y prestando atención a la música que vive dentro de la poesía latinoamericana. Incluso

en muchos poemas aparecen partes de canciones”, apunta Gómez de la Cruz, además performer y tallerista.

Ni lenta ni perezosa, creó tres listas de Spotify “para establecer un diálogo con los poemas de manera más explícita”. La primera, #SoyFiestera, reúne más de dos horas con las canciones que la acompañaron en el proceso de escritura. La segunda, #SoyFiesteraReloaded, “es una lista que podríamos llamar análoga temporalmente, es decir, cuáles serían las canciones que me acompañarían si escribiera esos poemas hoy”. Y por último, #QueSigaLaFiesta #SoyFiestera, es una lista más corta, bien para bailar. “Es colaborativa así que pueden agregar los temas que gusten”, propone. Y dan ganas de salir a las pistas, para encontrarse con los demás y con una misma, para empoderarse, o simplemente porque sí.



Cumplimos **30 AÑOS**
trabajando por la
educación y la cultura
para transformar
el mundo



Didáctica de la Lengua Para Cuarto y Quinto Grado / Fernando Carlos Avendaño /



Aquellas verdades / Un intento de aplicar la didáctica constructivista en situaciones de aprendizaje

Graciela Morgade (comp.)

ESI y formación docente

Colección **LA LUPA DE LA ESI**
FORMACIÓN DOCENTE

UCAS RASPALL

Si hay suelo, no hay techo. 50 posteos para una **crianza positiva**

La planificación didáctica en el Jardín de Infantes. Laura Pitluk

Educación inicial 

FERNANDO AVENDAÑO (COORD.)

CAJA DE HERRAMIENTAS PARA LA GESTIÓN EDUCATIVA

El hotel donde soñaba Perón | Marcelo Scalona

Horacio Vargas

Desde El Rosario

AS - Diez mujeres de la historia de Rosario - Fabián Bazán

JAURETCHÉ / BIOGRAFÍA DE UN ARGENTINO / NORBERTO GALASSO

Vargas

EL NEGRO Fontanarrosa (La biografía)

Sarmiento 825 • Rosario • Santa Fe
Tel. 0341 4243399 • 4253852

 **54 9 341 6484890**

  Editorial Homo Sapiens

www.homosapiens.com.ar

30 AÑOS


HomoSapiens
EDICIONES



FERNANDO PIEDRABUENA

Testigo fiel

Detrás del fenómeno de la Trova Rosarina –de la que este año se cumplen 40 años de su surgimiento– hubo mucha gente. Uno de ellos fue el iluminador Fer Piedrabuena. Toda una vida dedicada al montaje de las luces de los pequeños y grandes escenarios, en Rosario y en Buenos Aires, y en el exterior, con Fito Páez, Juan Carlos Baglietto, Charly García y la Negra Sosa

Por **Pablo Bigliardi**

Fotos **Sebastián Vargas**

Fernando Piedrabuena vio con el ojo del privilegiado a los adolescentes Fito Páez, Juan Carlos Baglietto, Adrián Abonizio o Rubén Goldin, convertirse en lo que sería la Trova Rosarina. Testigo fiel como pocos, fue haciendo su camino como iluminador trabajando junto a la Trova, Mercedes Sosa, Charly García o Luis Alberto Spinetta.

Su primera relación con la luz, como dice él, fue a los once años en su ciudad natal, Pérez, cuando empezaban a perfilarse los “asaltos”. Su padre le había armado con una madera y unas teclas *Atma*, algunos enchufes y llaves que prendían y apagaban a través de un pulsador. Los tachos eran las latas de aceite de auto cuyo largo encajaba justo para aquellas primeras lámparas reflectoras de color. Con ese entusiasmo dibujaba los planos de las luces copiándolos de la revista *Pelo*, al ver las puestas en escena de Pink Floyd o de Génesis. Esas fotos le parecían de ciencia ficción y le costó entender que debía de haber humo para que las luces se corporizaran.

–Me vine a vivir a Rosario a los quince años, con mi familia. Mi casa estaba en la calle Santa Fe, entre Oroño y Balcarce, y en la esquina había un almacén. Voy un día a comprar algo, entro con los pelos largos y todos me miraban. Era 1979, plena dictadura y había un flaco con el pelo largo como yo, me acerco, le digo que soy nuevo en el barrio y dice: “yo vivo acá enfrente”. Preguntó si me gustaba la música, me invitó a escuchar unos discos y también contó que tocaba en una banda. Fui con mis discos internacionales que tenía gracias a mi tía que laboraba en el consulado de Italia. En ese entonces tener discos importados como *Aqualung* de Jethro Tull era como tener una *Mac*. El pibe era Fito Páez y los músicos

eran Baglietto con su banda. Con el tiempo empezamos a juntarnos en una sala en la calle La Paz al 300. Jorgito Llonch arreglaba *flippers* en una habitación de adelante y les hacía el sonido a todos estos locos. Yo iba de plomo de la banda de Baglietto, lo acompañaban Fito, Goldin, Abonizio, el Muerto Sainz, Silvina Garré, Caburo... No se hacían conciertos sino juntadas para tocar en el Café de las Artes, en Iriondo y 9 de Julio, y otra movida en el Café de la Flor, pero era todo cerrado y las persianas bajas porque estábamos en plena dictadura.

Ese grupo de pibes con pelo largo generó un movimiento cultural que pasó a llamarse la Trova Rosarina y que a Baglietto, lo invitaran a tocar al festival de La Falda, en 1982, y a la vez se declarara la guerra de Malvinas y se suspendiera la música en inglés en todas las radios, fue determinante para el rock nacional.

–Cuando Juan pisa el escenario del anfiteatro de La Falda y toca los cuatro primeros acordes de Mirta de regreso, no quedó nada. En ese momento me dije: “uy”. A partir de ahí hacíamos entre siete y doce shows por semana. Todos subíamos y bajábamos los baffles en un grupo tan unido que nos divertimos como en un viaje de estudios que duró veinte años.

El iluminador de la banda, el “Cabezón” Aguilera, lo alentó a Fernando a trabajar en la consola de comandos, fue el punto de partida. Baglietto compraría un equipo y formaría una empresa junto a su hermano. Luego Llonch haría su primera inversión comprándole algunos artefactos de iluminación a Baglietto, y armaría también una empresa que haría cientos de shows por todo el país. Fernando haría lo mismo.



Con Charly García.

—Yo empiezo de iluminador con Baglietto, en su empresa. Fito tocaba con la banda de Juan, hasta que un día me dice: “ché me voy a abrir solo, si me hacés las luces estaría buenísimo”. Hacíamos shows en el auditorio del banquito Ferroviario, en Alvear y Salta, en el Café de la Flor, en Luz y Fuerza, que era como tocar en Obras. En los shows de Sportivo América siempre te caía la cana y salíamos todos corriendo.

De aquellos trabajos iniciales en los que la experiencia le forjaba el grado de profesionalismo, Fernando entraría

de lleno en el mundo de la mayor movida que haya vivido la Argentina en la década dorada de 1980, cuando confluyeron cientos de bandas argentinas cuya atención se centraba en Buenos Aires.

—En el ‘83, Charly García se había peleado con su iluminador y Fito en joda le dice: “te presto el mío”, como canchereándola, viste. “Bueno decile que venga”, le dice Charly y me fui a Buenos Aires y de repente estaba entrando a su estudio y él: “ehhh flaco qué hacés”, y me dice: “así que nos vas a hacer las luces”, y yo temblaba como una hojita. El primer show lo hacemos en Palladium: infernal. Yo tenía sólo dieciocho años y entro en una especie de nave espacial de terror: cenábamos en Prix D’ami, en Stud, Jams o en Esquina del Sol y estaba Spinetta, Luca Prodan, Charly, Fito, Llonch y los managers. Diez boludos que hablábamos de música con semejantes monstruos. Me acuerdo cuando Gustavo Cerati caía con todos esos pelos revueltos y le decían de todo: los tipos más brillantes que pisaban esta tierra insultándose en broma entre ellos.

Fernando se encontraba en medio de la cocina inicial

del ambiente. Iluminadores y sonidistas eran pocos, sólo cinco de cada oficio y debían repartirse estirando sus manos como pulpos entre bandas como Virus, Los Abuelos de la Nada, Soda Stereo, Git, Sumo, Charly, Spinetta, Fito, Suéter, Los Twist, etcétera.

—Yo hacía los shows solista de Fito, los de Charly y otras veces con Charly y la Negra Sosa, que hacía giras por el mundo y se cobraba muy bien. Con ella estabas en American Express y con los otros tenías la Cabal, bien argentina. En total laburé con la Negra seis años, con Charly y Spinetta, dos y con Fito más de veinte.

Fernando dio un paso al costado durante un tiempo para crear una empresa interdisciplinaria de iluminación centrada en instituciones, shoppings, aeropuertos, casinos, torres, etcétera. Pero el caballito de batalla un día volvió recargado.

—Antes de la pandemia hice Vos, en el Luna Park, en donde hizo dos shows que vendió en quince minutos. Un grupo de raperos que toma un poco del rock de Fito y Ceratti. Hay una movida nueva de música que es muy interesante en este pibe Vos, en Niki Nicole, Truena, me encantan. Musicalmente estos pibes tienen unas bandas completas, nadie supera los diecisiete años. En el regaetón, respeto algunas letras, hay buena lírica,



Con la Negra Sosa.

Gentileza Fer Piedrabuena



LAS ANÉCDOTAS DE CHOCO

Por P.B.

- La Negra me llamaba y decía: “mañana a las siete y media en Ezeiza”, para hacer un concierto en Adelaida, Australia. Estabas 42 horas arriba de un avión, bajabas, íbamos al estudio de televisión, preparábamos las cosas con la Negra, yo, el mánager que era su hijo, Fabián Matus, fin. Hacíamos el show, subíamos a una combi, al hotel y al otro día volver a tu casa.

- Mercedes tenía la valija de cantar que así llamaba a dos valijas. En una estaban todas las canciones en biblioratos, y la otra era la de su vestuario. Caemos en Fiumicino, “¿Y la valija de cantar?”, dice ella: “Fabiñcito, vení para acá” (risas) “¿Dónde está mi valija de cantar?” “No sé mamá”. La Negra llama a la mucama, le dice que agarre las valijas y se tome un vuelo a Roma. Se las había olvidado en el living de la casa. La mucama llegó, dejó las valijas y se subió al mismo avión para pegarse la vuelta.

- A mí me decía Choco porque era inquieto, así les dicen a los perros cachorros del norte. En el viaje a Italia me dice: “Choco, vení, escuchá esto” y me alcanza su walkman: “son los hijos de Luisito Spinetta”. Eran los Illya Kuryaki and the Valderramas y dice: “me encanta esto: argentos, argentos, nacimos para ser argentos, duro como el pavimento”. Vamos al Festival Internacional de la mujer en Roma y desde el aeropuerto hasta el hotel tarareando sin parar el tema. En el final del concierto la Negra, iniciaba la canción de Milton Nascimento, *María*, y las demás; Joan Báez, Iva Zanicchi, María Creuza, hacían coros y cantaban. Empezaron los primeros acordes y la Negra: “argentos, argentos...”, el pibe del sonido se agarraba la cabeza y las cantantes miraban esperando algo. Corta la última parte del tema de los Illya y lo empalma magistralmente con “María María María...”. Se ve que estuvo pensando en cómo iría a empalmarlo. Miró hacia el mangrullo y nos guiñó un ojo.

- Mi hija Gina nació en diciembre, fecha en la que viajábamos con Elena, mi mujer, a Buenos

Aires a saludar a los amigos. Gina no tenía más de cinco días. Llamo por teléfono a Fabián Matus: “ché, Fabi, la queremos ir a saludar a la Mami con Elena”. En ese entorno todos le decíamos la Mami y la cuidábamos como a una madre. Llegamos, la Negra estaba sentada en el estudio de EMI, grabando un disco. La miro desde los controles y hace señas de que pase. La Negra le estira los brazos y Elena automáticamente le pone a Gina en sus brazos y le empieza a cantar: Duerme, duerme negrito... nos largamos a llorar como si fuéramos creaturas.

- Fito hizo una transición entre Baglietto y Charly, en donde sacó los discos *Del 63'* y *Giros*, como solista. Siempre supo lo que quería, es muy culto y sabe de lo que habla. Las bandas de otros mejoraban mucho con él. Lo vi millones de veces con sus temáticas de laburo. Desde el día anterior se armaba toda la iluminación, se montaba, se programaba, y al otro día en la mañana se probaba sonido. A la tarde se hacía un ajuste final y a la noche el concierto. Cuando caía Fito, revisaba a uno por uno, al de la guitarra le afinaba esto, al del tambor lo otro, al del bajo le cambiaba la ecualización. Fito es de los que tienen ese sonido exclusivo. García tiene oído absoluto, pero Fito tiene una cabeza enorme.

- Una vez estuve tomando mates con Spinetta, debajo de un ombú en Santiago del Estero, a las dos de la tarde. Por ahí alguno pasaba en bicicleta y él saludaba y yo charlando como si fuera el Tati Erbeta, mi amigo de la infancia. Era como ver La Gioconda de golpe: te habías dimensionado una pintura de metro noventa y te encontrás con que sólo ocupa el espacio de una A4.

- La Negra Sosa era como una jefa de Estado. Llegábamos a cualquier país del mundo y te subías a la combi sin pasar por migraciones. Lo vi a Bill Clinton arrodillarse para besarle la mano y yo le decía: “Negra, pusiste a los gringos de rodillas”.



Mariana Terrile

Caro diario, Rosario

Por **Marcelo Scalona**

“Querido diario, hay una cosa que es lo que más me gusta hacer: mirar”

Nanni Moretti.

Hay algo de la esencia paseante, flâneur, que solo sucede andando en moto. Una ciudad no se conoce en auto. ¡Cómo la hubieran disfrutado Pessoa, Macedonio o Clarice Lispector! No sucede a pie, ni en bici, ni en auto, ni en lancha y menos en avión. Puede suceder caminando o derivando en una canoa o un kayak, pero allí los trechos son cortos o no son en

la ciudad. Aquí se trata de vagar uno en la multitud como enseñó Poe. Hacer alrededores, pasar una vez, dar la vuelta y volver a mirar. La moto es justa para flirtear gente, jardines o fachadas. Como el vicio de Ulises, que en esta época hubiera vuelto en moto de la caída de Troya, haciendo las mismas paradas de entonces, en lo de Calipso, Nausicaa y Circe. Pero aquí se trata del flâneur de ciudad. El spleen de Rosario. Caro diario del pago de los arroyos, Ludueña y Saladillo. Rosario tiene la escala para apresarla en moto. Pero no cualquier moto, sólo la Vespa, es decir,

esa volanta de paseo que valsea la calle y hace un vaivén, una danza con el ronroneo gatuno de 150 cilindradas y se parece a una coreografía díscola, una anomalía en el mar del tránsito, el zigzag, el tsé tsé, volando a baja velocidad (30 km es la justa), pero a gran altura. Lo sospeché desde un principio, el día que vi *Caro Diario* de Nanni Moretti entendí que yo tendría una vocación con esa máquina, ya me había pasado con el lápiz y la birome, la libretita Huemul y la máquina de escribir: la misma tarea de ir viendo todo y anotarlo, pero con la posibilidad de la re-



Mariana Terrile

petición sin límite, ir y volver. Ir y volver el paseante filosófico, el andador patafísico, el buscador de soluciones imaginarias, esa percepción de lo urbano que hace memoria sensorial de cómo se va desgastando una civilización, día a día, calle a calle. ¡Cómo le hubiera gustado la Vespa a Funes, el memorioso! No tanto a Borges, por razones obvias, pero a Funes, sí. Mucho. Ese modo cadente de desplazarse que permite una oscilación justa del viento en la cara y los ojos, abre los poros, la inteligencia y las fosas nasales. La Vespa es un macroscopio y se recibe tanto el perfume de una línea de cerezos en calle Güemes, como la fritanga acre del carrito de La Florida o el aroma del café ouro pretto llegando al bar El Lido y las feromonas urgentes de les chiques en bermudas o bikinis en la rambla Cataluña.

Cuando ando en la moto, al rato del viaje, me visitan toda clase de recuerdos, intuiciones, *deja vus*, metempsi-cosis, presentimientos o paramnesias. Creo que la causa son los lugares, mu-

chos del pasado, pero vistos desde el presente, incluso desde el futuro. La Vespa me llena de aparecidos sin ninguna nostalgia ni enojo. Me sorprende

La Vespa es algo que sucede, querido diario. Es parecido al sueño, pero no es que vea verme, yo voy manejando la moto. Conduzco, mando, soy un jinete y a veces un centauro.

cierto Zen o Satori o Yoga mecánico, la ausencia de apego, de rabia. Hay un borrador que pasa en moto. La Vespa tiene parabrisas y escobillas. Leves, pero funcionan. QUITAN la hojarasca y se produce una expansión adentro. Crece lo que siento o pienso sin necesidad de escribirlo en detalle. La Vespa es algo que sucede, querido diario. Es

parecido al sueño, pero no es que vea verme, yo voy manejando la moto. Conduzco, mando, soy un jinete y a veces un centauro.

La sensación es concreta en el viaje, pero no me deja el deseo de contarlo más que de la forma abstracta que se narra un fenómeno, un accidente o un milagro. Yo creía que la moto sólo iba ser un medio de transporte pero se me ha hecho un ejercicio, una ceremonia, un yoga. A veces vuelvo cansado de mis dos trabajos y sin embargo tengo que sacarla, o ella me saca a mí, y por lo menos ese día damos una vuelta chica: Tablada, Tiro Suizo y Saladillo. Para mí ver la cascada del Saladillo en el Parque Sur se ha vuelto tan a mano como prender la tele. Cinco minutos, bailando (la Vespa tiene piso, podés pararte en marcha y hacer un tap en calles tranquilas), de los paraísos de la flor saxígrafa que brota entre el asfalto. Otra cosa decisiva de la moto es que estás de cuerpo presente en los semáforos, no hay vidrio, puerta, ni distancia. Un amigo me decía: “Los políticos

deberían andar en moto”. Para ver y volver a ver de cerca lo que le pasa a la gente. Por ejemplo, desde que recorro la ciudad en Vespa, aprendí a darme cuenta cómo desaparecieron los vendedores ambulantes, los trapitos, los mendigos, los barredores de veredas, los changarines de nada, y cada vez es más común y doloroso ver en los semáforos gente joven que, en completo silencio, exhibe un cartel pidiendo trabajo, diciendo que no quieren limosna ni vender chucherías, sino que quieren “trabajo”, y aclaran que viven en la calle. Gente joven en muy mal estado físico y mental, solos en el naufragio,

agarrados a esa tablilla de pizarra con el pedido manuscrito en tiza. Bien escrito. Buena letra. Pero invisibles, hemos perdido todas las batallas. De noche, madrugada, lo que más suena en mi barrio es la tapa del contenedor de basura. Querido diario, te pido que los Reyes Magos le traigan una Vespa a todos los políticos.

Por último, la moto me ha devuelto circuitos imaginarios, recorridos del deseo, paradas. Un día trazo una línea de las casas que hizo Ángel Guido en Rosario y voy a verlas. Otro día, el mapa de los boliches de cuando Rosario tenía noche rosarina, o el recorrido

de cartero de mi viejo en Pichincha en los 50. Dónde cantó Gardel, dónde estuvo Evita o dónde vivió José Hernández. Me invento regresos al sur por un circuito hecho de plazas y parques: Pringles, 25 de Mayo, Montenegro, López, Libertad, Monumento al Che, Gendarmería, Gabino Sosa, Parque Yrigoyen, Plaza Evita y finalmente Ayolas. Tres rutas cronometradas al cementerio La Piedad y dos maneras de llegar a Pueblo Esther evitando la caminera y los radares.

Estoy terminando un mapa que atraviesa la ciudad de sur a norte, de este a oeste, conectando solamente pasajes y

Marcelo Scalona



Marcelo Scalona



cortadas: a veces me seducen sus nombres, Barón de Mauá, Gould y Burmeister, otras su extensión, Marcos Paz, o el afecto, Poeta Simeoni o la historia, Storni, Juan Álvarez, Ricardone, Araya, Newbery, o los tonos, Blanque, Colorado, Casablanca, que alguna vez, con justicia, se llamó Eva Duarte. O sus melodías, Mozart, Wagner, Chopin. Ir y volver. Mirar, pasar y volver a pasar. Y ahora, a diario, voy al trabajo por calle Presidente Roca y hago marcas de memoria de casas o acciones o personas que traté alguna vez en esa calle: la casa de mis abuelos Scalona, al

*Cinco minutos, bailando
(la Vespa tiene piso,
podés pararte en
marcha y hacer un tap
en calles tranquilas), de
los paraísos de la flor
saxígrafa que brota entre
el asfalto.*

2100, un hotel alojamiento en Rueda, la iglesia donde se casaron mis viejos, en Viamonte, la sastrería del tío Vicente, la casa de Enzo y Cristina; el 1289, donde Fabricio se enamoraba todas las semanas, el Hospital Ferroviario, la casa de mis tíos Guglielmo, María Auxiliadora, donde iba a buscar a Griselda que estudiaba magisterio, y un día que nos besábamos felices, en la entrada, la monja Casiello nos llamó degenerados. Y por fin arriba a la Biblioteca Argentina, ato la Vespa con la linga al portón 731 y cuando levanto la vista, el escalón de entrada tiene la frase de Borges: “Siempre imaginé que el paraíso sería algún tipo de biblioteca”. Querido diario, que el Niño Dios le traiga una Vespa a todas las monjas y a mí, un carnet de quinta.



CÁMARA DE DIPUTADAS Y DIPUTADOS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

Escuchar

Dialogar

Proponer

Legislar



*un Concejo
en Movimiento*



**CONCEJO MUNICIPAL
DE ROSARIO**



**Cámara de Senadores
de la Provincia
de Santa Fe**



SenadoSantaFe

FRAGMENTOS DE “MIENTRAS TANTO”,
DE ALBERTO GIORDANO

Posteos perdidos

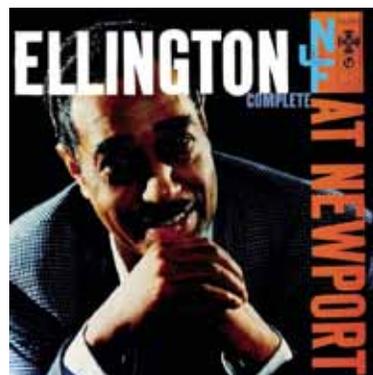
Lo precedero

Con parte del dinero que habíamos reservado para un viaje a Rio — tuvimos que suspenderlo por la pandemia—, la semana pasada compré más de trescientos cds de jazz usados. Pertenecieron a un coleccionista rosarino que murió hace un par de años y que, por una de esas casualidades que vuelven la vida encantadora, también fue compañero de trabajo de Jorge, mi suegro. Para Judith, que lo conoció desde chica, era «Luisito», así lo llamaban en su casa. Jamás hubiera imaginado la posibilidad de adquirir tal cantidad de cds preciosos sin moverme de Rosario. La recibí como una especie de milagro, pero sin la euforia de otras compras memorables aunque menos pantagruélicas. Desde el comienzo, sufrí raptos de identificación con Luisito, el coleccionista mortal, y el milagro se impregnó enseguida de melancolía. ¿Cómo puede ser que algo tan propio e intransferible como una colección, obra de toda una vida, sobreviva a quien la construyó? Para consolarme, Judith dice que Luisito se alegraría si supiera que sus discos cayeron en buenas manos, las mías, las de alguien que también los atesora. Yo le digo que más se alegraría si pudiera seguir escuchándolos.

The feeling of jazz

Entre los comentarios que recibió el posteo de ayer, uno de Rubén «Chivo» González, reconocido saxofonista y jazzman rosarino: «El

destino de estos trescientos cds es una gran noticia. Debo decirte que yo también fui compañero de tu suegro, el querido Jorge P., durante 32 años. ‘Luisito’ (Luis para mí) fue el hermano varón que no tuve. Entramos el mismo día a Federación, el 5 de agosto de 1968, y lo acompañé hasta sus últimas horas. Siempre sentí con orgullo que fui quien lo introdujo en el mundo del jazz, lo que con los años lo convirtió en un capo internacional (y no exagero) en materia de colección y conocimientos. Pero esa es una larga historia». Quise conocer algo de la «larga historia» y, a través de Messenger, le ofrecí a Rubén reunirnos en un café o en alguna de nuestras casas. Como él todavía mantiene un confinamiento estricto, quedamos en hacer una videollamada, aunque prefiero evitarlas porque siento que agravan la impresión de lejanía. Rubén es tanto o más locuaz que yo, conversamos casi una hora y media. Registro algo que no debería perderse. Al mes de que él y Luis hubieran ingresado a Federación, Rubén se enteró de que Duke Ellington iba a tocar con su orquesta en La Plata. No tenía margen, pero igual se atrevió a pedir el día en el trabajo para asistir al concierto. Se lo concedieron. Luis quiso conocer las razones del entusiasmo y la audacia. Rubén le explicó la importancia de Duke Ellington, como compositor e intérprete, y la de su orquesta, en la historia del jazz. A sus veinte años, Luis ya era un melómano, pero



aficionado solo a la música clásica. Con el tiempo se iba a convertir en un coleccionista y en un erudito de primer nivel en las grabaciones de Ellington. Por internet circula una catálogo de su autoría, de edición casera, titulado Duke's Ellington discography, tiene 274 páginas. En el sitio del diario *El día*, se puede leer la crónica del aquel mítico concierto platense. La voy a postear y voy a etiquetar al «Chivo», para alentarlos a despuntar el vicio de la rememoración.

En el siguiente link se puede descargar su último trabajo: <https://www.bulkeditores.com/mientras-tanto>

Giordano nació en Rufino, Santa Fe en 1959 y vive en Rosario desde 1971. Es crítico y ensayista. Entre sus libros se encuentran *Manuel Puig, la conversación infinita* (2001), *Modos del ensayo. De Borges a Piglia* (2005), *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas* (2006), *El giro autobiográfico en la literatura argentina actual* (2008), *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico* (2009), *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores* (2013), *El pensamiento de la crítica* (2015), y tres volúmenes con sus diarios, originados en posteos de Facebook: *El tiempo de la convalecencia* (2017), *El tiempo de la improvisación* (2019) y *Tiempo de más* (2020). En 2020, apareció *El giro autobiográfico*, que reúne los libros sobre el tema publicados en 2008 y 2011.

Historia de un reencuentro

Cecilia Reviglio es rosarina, docente, investigadora y escritora. UNR Editora publicó el año pasado su nouvelle *La casa frente al mar*, que pasó a formar parte de la colección Confindere. **Barullo** reproduce parte de la entrevista a la autora disponible completa en tiendavirtual.unr.edu.ar

-¿Cómo nace *La casa frente al mar*?

Me venía dando vueltas la historia de un reencuentro y empecé a escribirla pensando que trabajaría en el formato que en general uso, el de cuento. A poco de empezar me di cuenta de que no podría ser un cuento, que la historia pedía otra extensión, otra estructura. Entonces, empecé a rearmar el plan. Tuve que sentarme a planificar un poco, a definir qué partes tendría, en qué orden. Por supuesto que ese plan fue cambiando a lo largo del proceso de escritura, pero lo necesité como guía para escribir, para tener más claro y por escrito, hacia dónde y cómo iba. El cuento es algo que con más o menos detalles, lo tenés en la cabeza, es manejable. No digo que no puedas perderte en el camino, también puede pasar. Pero en una novela, aunque sea una novela corta como esta, es más fácil terminar en un lugar que no querías. O al menos era mi temor ya que era la primera vez que me animaba a esa extensión.

-¿De dónde proviene el título?

Los títulos siempre me cuestan mucho. Es todo un arte el de encontrar el título de un texto y para mí es un arte esquivo. Sin embargo y aunque tuvo diferentes títulos a lo largo del proceso (todos títulos que no me convencían, que sabía provisorios), cuando encontré este supe, creo que como nunca antes con ningún otro texto, que lo había encontrado, que era ese y no otro, que era el definitivo. Era el título para esa historia. En ese sintagma —*La casa frente al mar*— se condensan todos los sentidos y los significados que para mí tienen peso en la historia que se cuenta.



-¿En qué te inspiraste para escribir la novela?

No sé si la palabra es inspiración. Sí hay en la novela muchas de mis preocupaciones, de mis cavilaciones: la escritura, el pasado, las relaciones que se terminan, lo que se hace con el pasado y con las relaciones que dejaron de ser. De

hecho tengo varios cuentos que abordan el tema de la relación entre dos personas que fueron pareja y ya no lo son. No sé muy bien por qué, pero es un tipo de vínculo que me inquieta, que me genera interrogantes. Y la ficción es una buena manera de ensayar respuestas. Porque como en todo lo que hace a la condición y las relaciones humanas nunca hay una respuesta, sino respuestas posibles. También hay algo con el paisaje marino que me convoca. El escenario del mar siempre me resulta seductor para pensar historias. Es algo que descubrí hace poco cuando de pronto me encontré entusiasmada con diferentes cuentos y novelas que había leído y que lo único en común que tenían eran el escenario de mar, de playa.

-¿Cuáles son tus referencias literarias, aquellas/os que te inspiran?

La desolación de las tramas y los personajes de Onetti; la calidez y la sensibilidad de los textos de John Berger, la escritura como tema en la novela *En breve cárcel* de Sylvia Molloy, por nombrarte algunas. Como lectora, disfruto mucho de los escritores norteamericanos: Faulkner, Hemingway, Carver, Richard Ford. Y más cercano, aunque no tienen nada que ver con lo que escribo, los cuentos de Samanta Schweblin o Mariana Enriquez.

Las historias cantadas, la práctica de censar y un viaje a través de la música latinoamericana

Por Juan Aguzzi

CIUDAD MALANDRINA / ADRIÁN ABONIZIO Y LA MÁQUINA INVISIBLE / DISCOS



No hay mejor forma de decirlo que con una frase hecha: Adrián Abonizio vuelve por sus fueros con su flamante segundo

disco de tangos “Ciudad malandrina”, sobre todo en el sentido de demostrar su valía, sus cualidades intrínsecas, evidentemente las que lo situaron bien cerca del tango aunque su prolífica obra musical esgrimió patente de canción urbana y rockera y hasta coqueteó con el folclore tamizado en su arraigo citadino. Pero el tango siempre estuvo ahí, en las letras o cadencias por donde corre el río de la incertidumbre de la vida, donde los cielos estrellados o los paraísos perdidos se funden en el reflejo de una vía, donde el amor, la traición o el desprecio, una novia robada o el secreto confesado conforman un paraje inevitablemente transitado. Ese latir tanguero ya respira en buena parte de las canciones de Abonizio, amén de su actitud, la de quien nunca espera nada extraordinario porque ya rumbea con convicción lo sostiene en el imperecedero espíritu de esa rítmica. Y no es exagerado decir que se ha vuelto aún más tanguero al escuchar “Ciudad malandrina”, porque allí se pone de manifiesto su exigencia con la sonoridad, ampliada en la ironía y resistencia de su lírica, y donde los infatigables pesares de la cultura popular conducen la trama de las historias cantadas, a las que si se busca un hilo es posible imaginar un fantasma que surgiera de Arlt y Marechal. La orquesta de jóvenes de La Máquina Invisible –que integran Guido Gavazza, Manuel Martínez Serra, Pablo Galimberti, Facundo Jaime y Mauro Rodríguez– parece haber encontrado en los temas de Abonizio el calce justo para desplegar una impecable técnica en la interpretación. Y Abonizio se mueve con su imbatible fraseo en el seno de esa fresca orquestación, sobre arreglos que ostentan personalidad y buen gusto. Hay algo creíble y conmovedor en esa lograda combinación entre la poética feroz e iluminada de Abonizio –y en cómo canta además– y ese toque algo piazzolleano –clarísimo en la introducción de piano

y violín de “Quedate un poco más”, entre otros pasajes– surgido de la juvenil orquesta. En los temas que componen el disco brillan con luz propia el alusivo a la tempestuosa Rosario contemporánea y homónimo al título; el andariego valsecito de “Bar de copas”; el existencialista “Alba de garúa”; la desolada canción “Taxi”, a la que solo el fuelle intensivo y unos jugados acordes de piano vuelven tango; el insondable y exquisito “Juan de noche”; el cadencioso y arrabalero “Un guasap de Perón”, cuya letra es un certero artefacto humorístico que opera sobre el tópico del General, Eva y las pulsiones de un fin de época; el valseado y cinético “Una abeja en la luna”. Con experiencia en el lomo, Abonizio da otro paso en las infinitas posibilidades del tango, tal vez sin abandonar la inspiración de aquel original “Tangolpeando” (BlueArt, 2013), en su habitual estilo fatalista e incorregible, pero ahora cincelando melodías desde la perspectiva de una confiada madurez.

EL CENSO / SERIE WEB

Además de recabar datos personales y de ubicación espacio-temporal, un censo podría abrir la puerta de historias interiores en las



viviendas donde se lleva a cabo. Seguramente de muchas cosas se enterarán los censistas que luego guardarán con celo profesional o contarán a sus afectos. La serie “El Censo”, que capitanean Elena Guillén y Pablo Romano desde la dirección encontró en esa modalidad –la de la práctica de censar–, que tiene lugar cada tanto, una fuente de historias que reflejan el acontecer o la deriva de los moradores de las viviendas, todas ellas resultado de las complejidades de las relaciones, de los equívocos, de los malentendidos, de las injusticias, de los dolores difíciles de sanar. Los impulsores de cada uno de los ocho capítulos de alrededor de media hora son dos jóvenes –Tulio y Ana–, también ellos con ineludibles cargas existenciales al hombro, que timbrarán las puertas y descubrirán un mundo donde se sentirán tocados de una u otra forma y hasta se servirán de esas vivencias para cotejar el peso específico de las propias. Con guion de Guillén,

en tono de comedia dramática y con marcado sesgo costumbrista, personajes y situaciones se suceden sin solución de continuidad, incluso relacionando a protagonistas de un capítulo con otros hechos o protagonistas de otros, en el marco de un barrio rosarino clase media. Para la pareja de jóvenes censistas este trabajo será un aprendizaje, un desvío de los pesares cotidianos porque en cada casa verán la amplitud del campo de batalla, donde se suceden no una sino mil confrontaciones. Un primer episodio ya define a los jóvenes censistas y su entorno y presenta a una instructora –una profesora algo jubilosa y dotada de un certero sentido común– que será el preámbulo de los episodios siguientes, cuando se inicie cada jornada de censo. Lo que la mujer indica a los censistas sentados en un aula y sobre las preguntas que deberán formular –¿quién es el jefe de familia?, ¿cuántas personas viven en esa casa o cuántas durmieron allí la noche anterior?, entre otras–, será el puntapié para que tres hermanas díscolas aparezcan “embarradas” en las disquisiciones sobre una herencia; para que dos hombres y una mujer –una de aquellas hermanas– caven un jardín en busca de un cofre que guarda afectos de alguien que ya no está; para que una pareja de desavenidos accidentados muestren que lo único que pueden compartir es el anuncio televisivo de la muerte del ex presidente Kirchner; para que una equilibrista circense rememore glorias pasadas en su presente de miseria; para que otra pareja despareja asuma un tercero en discordia; para que un padre de cuatro niños intente no desfallecer en su cuidado, y para que la madre de esos mismos niños se escape a descansar y oculte por un rato un nuevo embarazo. También, claro, para que la joven censista que buscaba ser concertista de piano, comprenda que eso no es para ella aunque ame la música y para que el joven censista vuelva a creer en que puede competir como ciclista en una carrera internacional en San Luis. Los experimentados actores Andrea Fiorino, Gustavo Guirado, Miguel Franchi, Salvador Trapani, Laura Copello, Ofelia Castillo, Claudia Schujman, Adrián Giampani, Paula García Jurado, Vilma Echeverría, Martín Fiumato, Viviana Trasierra y los más nóveles Santiago Pereiro y Agustina Rudi animan con solvencia a los personajes principales de este fresco que refleja acertadamente algunos visos de la condición humana. Ganadora del concurso de Series de Ficción Federales para Televisión Digital Argentina del Incaa, la serie tuvo producción ejecutiva de Ariel Vicente y el propio Romano; la fotografía fue de Cristian Ferreira da Cámara; el montaje de Ernesto Figge, la música de Alexander Panizza y Alejandro D'Ippolito y la dirección de arte de Tati Babini.

LA CLAVE / RADIO

No pocos son los músicos latinoamericanos casi desconocidos en buena parte de los países de este orbe. Algunos son muy ta-

lentosos pero de escasa circulación en redes o de poca presencia en streaming o, simplemente, sus canales de difusión no van más allá de su lugar de origen o de otros cercanos. Actualmente, un programa de Radio Nacional se ocupa de ponerlos en escena, es decir, de presentarlos ante la audiencia haciendo escuchar sus voces y contando sus historias en estos tan difíciles tiempos de pandemia. También aparecen algunos grandes nombres como Silvio Rodríguez, Caetano Veloso o Rubén Blades. Se trata de “La Clave”, el envío radial que conduce el músico y conductor Fena Della Maggiora, cuyo declarado objetivo es el de “difundir la música de toda América”. Con su particular estilo entre locuaz y mesurado, Della Maggiora se ocupa de aclarar que él es músico y no periodista, lo que le permite, según él mismo cuenta, una llave diferente para llegar a cada entrevistado. Y esto le funciona muy bien con todos porque surge una familiaridad que permite indagar no solo en los conceptos musicales que los artistas desarrollan sino en la visión de conjunto que tienen sobre las particularidades de la música de su



región y su relación con la vida política y social, y hasta de sus, a veces, nada fácil orígenes. El programa, que cuenta con la

colaboración de Alicia Beltrami, se propone como un viaje a través de la música latinoamericana –de los países de la Patria Grande, como señala Della Maggiora– en todos sus géneros, y aborda desde músicos consagrados hasta las expresiones, bandas y solistas más desconocidos para el gran público. Vayan entonces algunos ejemplos de entrevistados poco difundidos pero sumamente conscientes de su lugar como artistas y trabajadores de la cultura popular que pueden escucharse por el streaming de Radio Nacional los sábados entre las 17 y las 19. Así puede escucharse al cantautor chileno Manuel García –que cuenta con un singular registro vocal y tiene seis discos grabados–, reflexionar sobre el detenimiento de la vida ordinaria que supuso la pandemia y la posibilidad de pensar sobre lo que hizo musicalmente. También a Pepe Alva, cantautor peruano y precursor en la fusión de rock y pop con géneros tradicionales como el folclore andino. En la entrevista Alva refiere la influencia de la cultura peruana en la región y reivindica las tradiciones musicales latinoamericanas; o el acordeonista y rey del vallenato colombiano Egidio Cuadrado, quien describe el origen del ritmo de ese género y sus infinitas variaciones. Asimismo habla del rol que tuvo para posicionar al vallenato como una música referencial en la región y su influencia en las nuevas generaciones.



Melancolía

Por **Celina Hernández**

Dormir para olvidar
y cueste lo que cueste
liberar las culpas.

Mirar para entender,
como si los objetos
disiparan las dudas.

Meditar para sentir
que el silencio
nos brinda respuestas.

Respirar y brillar
deseando que la luna
abraze las penas.

A person with a backpack is seen from behind, hailing a red bus on a city street. The person is wearing a dark jacket and has their right arm extended towards the bus. The background shows a city street with trees and buildings.

AL AULA

CON EL BOLETO GRATUITO

Un beneficio que garantiza derechos
a estudiantes y docentes santafesinos.
Seguimos avanzando.

BEG 
Boleto Educativo Gratuito

[santafe.gob.ar/
boletoeducativo](http://santafe.gob.ar/boletoeducativo)

Santa Fe
Provincia

NOVEDAD

Las leyes del olvido de Isabel Hernández

Las leyes del olvido

Isabel Hernández



CONFINGERE

Un nuevo título
de la colección
Confingere

>> Disponible en nuestra web
unreditora.unr.edu.ar

